

apareció la letra grande y redonda de la duquesa de Berry, y, luego, hicimos la misma operación con la segunda carta. Felicité a la Delfina por su buen éxito. ¡Escena extraña! ¡La hija de Luis XVI descifrando conmigo, en lo alto de una escalera en Carlsbad, los caracteres misteriosos que la cautiva de Blaye enviaba a la cautiva del Temple!

Volvimos a sentarnos en el salón. La Delfina leyó la carta que le había sido dirigida. La duquesa de Berry daba en ella las gracias a su hermana por la parte que había tomado en su infortunio, le recomendaba a sus hijos y colocaba muy especialmente a su hijo bajo la tutela de las virtudes de su tía. La carta a sus hijos no contenía más que algunas palabras de ternura. La duquesa de Berry encargaba a Enrique que se hiciera digno de Francia.

La Delfina me dijo:

«—Mi hermana me hace justicia. Bastante parte he tomado en sus pesares. Ha debido sufrir mucho, sí, sufrir mucho. Le dirá usted que cuidaré al duque de Burdeos. Mucho lo quiero. ¿Qué le ha parecido a usted? Su salud es buena; ¿no es verdad? Está robusto, aunque algo nervioso.»

Pasé dos horas en compañía de la Delfina, honor que raramente se obtiene y parecía estar contenta. No conociéndome sino por los relatos de mis enemigos, me creía, sin duda, un hombre violento, envanecido con mi mérito. Se alegraba de que tuviese figura humana y de que fuese un buen muchacho. Me dijo con cordialidad:

«—Voy a pasear, para el régimen de las aguas; comeremos a las tres y vendrá usted, si no tiene necesidad de acostarse. Deseo verle en tanto que esto no le fatigue.»

Ignoraba a qué atribuir mi triunfo; pero, ciertamente, el hielo estaba ya roto, borrada la prevención; aquellas miradas que se fijaron en el Temple sobre los ojos de Luis XVI y de María Antonieta, habíanse posado con benevolencia sobre un pobre servidor.

Por lo demás, si bien había logrado tranquilizar a la Delfina, estaba en extremo violento: el miedo de excederme de cierto límite, me embargaba hasta esa facultad de las cosas usuales que tan bien conservaba cerca de Carlos X. Sea que no poseyese yo el secreto de descubrir en el alma de la Delfina todo lo que

de sublime encierra; sea que el respeto que me inspiraba cerrase el paso a la comunicación del pensamiento, sentía una esterilidad desoladora que nacía de mí mismo.

A las tres estaba ya de vuelta en casa de la Delfina.

La comida fué tan mala y tan exigua que salí de ella muerto de hambre: nos había sido servida en el mismo salón de la Delfina, por no haber comedor en la casa. Terminada la comida, se levantó el mantel, la Delfina volvió a sentarse sobre el sofá, tomó de nuevo su labor, y nosotros formamos círculo junto a ella. Trogoff contó historias, porque la Delfina gusta de ellas. Ocupase en particular de las mujeres. Recayó la conversación sobre la duquesa de Guisa.

«—Sus trenzas no la favorecen—dijo la Delfina con gran sorpresa mía.

Desde su sofá veía la Delfina, a través de la ventana, cuanto pasaba en la calle y nombraba a las personas que paseaban. Llegaron dos jacas con dos yaqueys vestidos a la escocesa: la Delfina dejó su bordado, miró mucho y dijo:

«—Es la señora... (he olvidado su nombre) que va a la montaña con sus hijos.»

María Teresa, curiosa, conociendo las costumbres del vecindario, la princesa de los tronos y de los cadalsos, descendida de la altura de su vida al nivel de las demás mujeres, me interesaba vivamente, y la observaba con una especie de enternecimiento filosófico.

A las cinco salió la Delfina a pasear en carruaje: a las siete, hallábame de vuelta para la *soirée*. Idéntica colocación: la Delfina sentada en el sofá, las personas que habían asistido a la comida y cinco o seis jóvenes o viejas tomadoras de aguas, ensanchando el círculo. La Delfina hacía grandes a la par que visibles esfuerzos para aparecer graciosa dirigiendo a todos la palabra. Me habló con frecuencia y me nombraba siempre para darme a conocer; pero entre frase y frase quedaba como distraída. Su aguja multiplicaba los movimientos, su rostro se acercaba más y más al bordado; veía a la princesa de perfil y me llamó la atención una semejanza siniestra; la princesa se parece a su padre: cuando la veía con la cabeza inclinada como bajo el tajo del dolor, figurábame ver la de Luis XVI, aguardando el golpe de la cuchilla.

A las ocho y media terminó la *soirée* y me fuí a acostar, abrumado de sueño y de cansancio.

El viernes, 1.º de junio, estaba en pie a las cinco de la mañana, y a las seis me dirigí al Mühlenbad (baño del molino). Los bebedores y bebedoras se agrupaban al rededor de la fuente, o paseaban por debajo de la galería de madera sostenida por columnas o en el jardín a ella inmediato. La Delfina llegó vestida con un mezquino traje de seda gris; llevaba sobre los hombros un chal bastante usado y un viejo sombrero cubría su cabeza. No parecía sino que había remendado sus vestidos, como su madre en la Conserjería. Iba apoyada en el brazo del señor O'Hégerty, su caballero. Se confundió entre la multitud y alargó su taza a las mujeres que sacaban el agua del manantial. Nadie reparaba en la condesa de Marne. María Teresa, su abuela, había mandado construir en 1762 la casa llamada del Mühlenbad, y había regalado a Carlsbad las campanas que debían llamar un día a su nieta al pie de la cruz.

Al entrar la Delfina en el jardín, me dirigí a ella, que pareció sorprenderse de esta galantería de cortesano. Rara vez había madrugado tanto por las personas reales, a excepción, quizás, del 13 de febrero de 1820, cuando fuí a buscar en la Opera al duque de Berry. La princesa me permitió dar con ella cinco o seis vueltas por el jardín, y, hablándome con benevolencia, me dijo que a las dos me recibiría y que me entregaría una carta. Me despedí de ella por discreción y empleé el tiempo que me quedaba en recorrer el valle.

Carlsbad, 1.º de junio de 1833.

Como francés, sólo encontré en Carlsbad penosos recuerdos. Este pueblo toma su nombre de Carlos IV, rey de Bohemia, que vino a él a curarse de tres heridas recibidas en Crecy, combatiendo al lado de Juan, su padre. Lobkowitz pretende que Juan fué muerto por un escocés; circunstancia ignorada de los historiadores.

*Sed cum Gallorum fines et amica tuetur  
Arta, caledonia cuspidis fossus obit.*

«Mientras defiende los confines de las Galias y los campos amigos, murió atravesado por una lanza caledonia.» ¿No pondría el poeta «caledonia» forzado a ello por el metro? En 1346, Eduardo estaba en guerra con Roberto Bruce, y los escoceses eran aliados de Felipe.

La muerte de Juan de Bohemia el Ciego, en Crecy, es una de las aventuras más heroicas y más interesantes de la caballería. Juan, que quería acudir al socorro de su hijo Carlos, dijo a sus compañeros: «Señores, sois mis amigos, os requiero que me llevéis tan cerca que pueda herir con mi espada»; sus compañeros contestaron que gustosos lo harían... El rey de Bohemia se aproximó tanto, que hirió a más de cuatro con su espada, y combatía de nuevo valerosamente, y otro tanto hicieron los que iban en su seguimiento, y tan encima de los ingleses se arrojaron, que todos ellos murieron, hallándolos al día siguiente en el campo tendidos al derredor de su jefe y a todos sus caballos agrupados.»

Sabido es que Juan de Bohemia estaba enterrado en Montargis, en la iglesia de los dominicanos, y que se leía sobre su sepulcro el siguiente resto de una inscripción borrada: «Pereció a la cabeza de sus soldados, encomendándolos a Dios padre. Rogad a Dios por este rey benigno.»

Pueda este recuerdo de un francés expiar la ingratitud de Francia, cuando en los días de nuestras nuevas calamidades, horrorizamos al cielo con nuestros sacrilegios y arrojamos fuera de su tumba a un príncipe muerto por nosotros en los días de nuestras antiguas desventuras.

Cuentan las crónicas de Carlsbad que, estando de caza Carlos IV, hijo del rey Juan, uno de sus perros, al lanzarse tras un ciervo, cayó de lo alto de una colina en un estanque de agua hirviendo. Sus aullidos atrajeron a los cazadores, quedando descubierto el manantial de *Sprudel*. Un cochinito que se escaldó en las aguas de Teplitz las descubrió a unos pastores.

Tales son las tradiciones germánicas. He estado en Corinto; las ruinas del templo de las cortesanas estaban dispersas sobre las cenizas del Glycero, pero la fuente Pirene, nacida del llanto de una ninfa mana todavía entre las adelfas, donde volaba, en tiempo de las musas, el caballo Pegaso. Las ondas de un puerto sin naves bañaban columnas derruidas cuyos capiteles se bañaban en el mar, como las cabezas de doncellas ahogadas tendidas en la playa. El mirto había brotado en su cabellera y reemplazaba a la hoja de acanto: he ahí las tradiciones de Grecia.

Existen en Carlsbad ocho fuentes,

siendo la más notable la de *Sprudel*, descubierta por el sabueso. Esta fuente brota de la tierra entre la iglesia y la Teple, con un ruido sordo y despidiendo un vapor blanco, y el agua elevase en sus saltos irregulares a una altura de seis o siete pies. Los manantiales de Islandia son los únicos superiores a los de *Sprudel*, pero nadie va a buscar la salud en los desiertos de Hecla, donde la vida muere, donde el día del verano no tiene poniente ni aurora, y donde la noche de invierno, renaciendo de la noche, carece de alba y de crepúsculo.

El agua de *Sprudel* cuece los huevos y sirve para lavar el vidriado; hermoso fenómeno, que se utiliza por las posaderas de Carlsbad, ¡imagen del genio que se degrada prestando su fuerza a trabajos ruines!

Alejandro Dumas ha traducido libremente la oda latina de Lobkowitz sobre *Sprudel*, *Fons heliconianum*, etc.

Carlsbad es el lugar ordinario de cita de los soberanos; ¡bien podrían allí curarse de la corona por ellos y por nosotros!

Publícase una lista diaria de los que visitan *Sprudel*; sobre las antiguas se leen los nombres de los poetas y de los hombres de letras más esclarecidos del Norte, Gurovsky, Dunker, Weisse, Herder, Goethe; hubiera deseado encontrar el de Schiller, objeto de mi preferencia. En la lista del día, entre la multitud de concurrentes oscuros, encuéntrase el nombre de la condesa de Marne, impreso en pequeños caracteres.

En 1830, en el momento mismo de la caída de la familia real en Saint-Cloud, la viuda y las hijas de Cristóbal tomaban las aguas de Carlsbad. Las majestades haitinianas se han retirado a Toscana cerca de las majestades napoleónicas. La hija más joven del rey Cristóbal, muy instruída y muy hermosa, ha muerto en Pisa: su belleza de ébano descansa libre bajo los pórticos del *Campo Santo*, lejos del campo de las cañas e higueras, a cuya sombra naciera esclava.

En 1826 se vió en Carlsbad a una inglesa de Calcuta pasar de la higuera plátano al olivo de Bohemia, del sol del Ganges al de la Teple; se extinguía como un rayo del cielo indiano perdido entre el frío y las tinieblas. La vista de los cementerios en los sitios consagrados a la salud, es melancólica: ahí descansan jóvenes, extrañas las unas a las otras; sobre sus tumbas están grabados el número de sus días y la indicación de

su patria: creeríase recorrer un invernaculo donde se cultivan flores de todos los climas y cuyos nombres están escritos sobre una tarja al pie de ellas.

La ley indígena se ha adelantado a las necesidades de la muerte exótica, pues, preveyendo las defunciones de los viajeros apartados de su patria, ha consentido desde hace tiempo las exhumaciones. Hubiera podido descansar en el cementerio de Saint-André por espacio de diez años sin que las disposiciones testamentarias de estas *Memorias* hubiesen tropezado con el menor obstáculo. Si la Delfina muriese aquí, ¿permitirían las leyes francesas que se llevasen sus cenizas a su patria? Sería un punto delicado de controversia con los sorbonenses de la doctrina y los casuistas de proscripción.

Según afirman, las aguas de Carlsbad son buenas para el hígado y malas para la dentadura. Nada puedo decir en cuanto al hígado, pero hay muchos sin dientes en Carlsbad: los años, más que las aguas, tienen de ello tal vez la culpa: el tiempo es un insigne embustero y un famoso sacamuelas.

¿No os parece que principio de nuevo la obra maestra de un desconocido? Una palabra lleva a otra; me voy a Islandia y a la India.

*He aquí el Apenino y aquí el Cáucaso.*

Y, sin embargo, todavía no he salido de los valles de la Teple.

Para abarcar con un solo golpe de vista el valle de la Teple, subí a una colina, atravesando un bosque de pinos: las columnas perpendiculares de estos árboles formaban un ángulo agudo con el terreno inclinado; algunos tenían las copas, los dos tercios, la mitad y una cuarta parte del tronco, donde los otros tenían el pie.

Siempre amaré los bosques. La flora de Carlsbad, cuyo soplo había matizado los céspedes bajo mi planta, me parecía encantadora: Volví a encontrar el *esporiano*, la *belladona vulgar*, la *salicaria común*, el *corazoncillo*, el *lirio de los valles*, el *sauce ceniciento*: gratos objetos de mis primeros estudios antológicos.

He ahí que mi juventud viene a suspenso mis reminiscencias de los tallos de esas plantas que al pasar voy reconociendo, ¿Os acordáis de mis estudios botánicos con los Siminoles, de mis cenotheros, de mis ninfas con que adornaba

mis floridianas, de mis guirnaldas de elmátides cuya concha enlazaban, de nuestro sueño a la orilla del lago, de la lluvia de rosas de la magnolia que caía sobre nuestras frentes? No me atrevo a calcular ahora la edad que tendría mi inconstante *hija pintada*. ¿Qué podría coger hoy sobre su frente? Los pliegues que surcan la mía. Duerme sin duda en la eternidad bajo las raíces del ciprés de Alabama, y yo, que sienta en mi memoria esos recuerdos remotos, solitarios, ignorados, vivo aún. Estoy en Bohemia, no con Atala y Celuta, sino con la Delfina que va a entregarme una carta para la duquesa de Berry.

A la una estaba a las órdenes de la Delfina.

«¿Quiere marchar hoy, señor de Chateaubriand? — me preguntó.

»—Si V. M. me lo permite, procuraré encontrar en Francia a la duquesa de Berry, pues de otro modo me vería obligado a hacer un viaje a Sicilia, y S. A. R. se vería por mucho tiempo privada de la contestación que espera.

»—Tome esta carta para ella. He evitado nombrarle a usted para no comprometerle en caso de un percance. Lea...»

Leí la carta: toda ella era de letra de la Delfina: la copia que sigue es exacta.

«Carlsbad, 31 de mayo de 1833.

»He tenido una verdadera satisfacción, me querida hermana, al recibir al fin, directamente, noticias tuyas. Te compadezco con toda mi alma. Cuenta siempre con mi constante interés por ti, y, sobre todo, por tus queridos hijos, que ahora me son más caros que en tiempo alguno. Mi existencia, mientras dure, a ellos queda consagrada. No he podido hacer aún tus encargos para nuestra familia, pues mi salud me ha obligado a venir aquí para tomar las aguas. Los haré, sin embargo, en cuanto me reúna con ella, y cree que, tanto ella como yo, abrigaremos constantemente los mismos sentimientos.

»Adiós, querida hermana, te compadezco de todo corazón, y te abrazo tiernamente.

»T. M.»

Me sorprendió la reserva de esta carta; algunas vagas frases de cariño encubrían mal la sequedad del fondo. Hice de ello una observación respetuosa y abogué de nuevo por la infortunada prisionera. La Delfina me contestó que el rey

decidiría, y me prometió interesarse por su hermana, pero nada había de cordial ni en la voz ni el tono de la Delfina; notábase más bien un mal comprimido encono. La partida me pareció perdida en cuanto a la persona de mi cliente. Me ocupé, pues, en Enrique V. Creyendo que debía expresarme ante la princesa con la sinceridad que había siempre usado para ilustrar a los Borbones, le hablé sin ambages y sin lisonja de la educación del duque de Burdeos.

«—Ya sé, señora, que habéis leído con benevolencia un escrito al fin del cual emitía algunas ideas relativas a la educación de Enrique V, y temo que los que rodean al niño, perjudiquen su causa. Los señores de Damas y de Latil no son populares.»

La Delfina convino en ello: aún más, abandonó resueltamente al señor de Damas, pronunciando, empero, algunas palabras encomiando su valor, su probidad y su religión.

«—En el mes de septiembre Enrique V será mayor de edad; ¿no creéis, señora, que sería útil formar cerca de él un Consejo compuesto de los hombres que inspirasen a Francia menos prevención?»

»—Señor de Chateaubriand, los pareceres se multiplican, en proporción al número de los consejeros: y luego, ¿a quiénes propondría usted a la elección del rey?

»—Al señor de Villele.»

La Delfina, que bordaba, detuvo la aguja y me miró con asombro, sorprendiéndome a mi vez al oír la crítica bastante juiciosa del carácter y del talento del señor Villele, que no era para ella más que un hábil administrador.

«—Sois demasiado severa — le dije—. El señor de Villele es un hombre de orden, de responsabilidad, de moderación y de sangre fría, cuyos recursos son infinitos, y, si no hubiese tenido la ambición de ocupar el primer puesto, para el que es insuficiente, habría sido un ministro que eternamente debía haberse conservado en el Consejo del rey, porque jamás podrá reemplazarse. Su presencia cerca de Enrique V sería del mejor efecto.

»—Crea que no simpatizaba usted con el señor de Villele.

»—Me despreciaría a mí mismo, señora, si, después de la caída del trono, continuase alimentando el sentimiento de una mezquina rivalidad. Harto mal han hecho ya nuestras divisiones realis-

tas; yo las abjuro de corazón y estoy dispuesto a pedir perdón a los que me hayan ofendido. Suplico a V. M. que crea que mis palabras no son alarde de una falsa generosidad, ni una piedra colocada para cimentar una fortuna futura. ¿Qué podría yo pedir a Carlos X en el destierro? Si la Restauración viniese, ¿no me encontraría yo ya en el fondo de mi tumba?»

La Delfina me miró con afabilidad y tuvo la bondad de elogiarme con estas solas palabras: «Está muy bien, señor de Chateaubriand.» Parecía continuamente admirada de hallar en mí un *Chateaubriand* muy diferente del que le habían pintado.

«Otra persona hay, señora, a quien se podría llamar — repuse —, y es mi noble amigo el señor de Lainé. Eramos tres hombres en Francia que jamás debíamos prestar juramento a Felipe: yo, y los señores Lainé y Royer-Collard. Fuera del gobierno y en posiciones distintas hubiéramos formado un triunvirato de algún valor. El señor Lainé ha prestado juramento por debilidad, y el señor Royer-Collard, por orgullo; el primero morirá de las consecuencias, y el segundo vivirá, porque vive de lo que hace, y no hace nada que no sea admirable.

«¿Ha quedado usted satisfecho del duque de Burdeos?»

«Me ha parecido hermoso. Aseguran, sin embargo, que V. M. lo mimaba un poco.

«¡Oh, no, no! ¿Qué le parece el estado de su salud?»

«Me ha parecido excelente; es algo delicado y está un poco pálido.

«Tiene por lo regular buen color, pero es nervioso. ¿No es verdad que el Delfín es muy querido en el ejército, muy querido? Se acuerda mucho de él, ¿verdad?»

Esta pregunta brusca, sin relación ninguna con lo que acabábamos de decir, me descubrió una llaga secreta que las jornadas de Saint-Cloud y de Rambouillet habían abierto en el corazón de la Delfina. Citaba el nombre de su marido para tranquilizarse; por lo que me anticipé al pensamiento de la princesa y de la esposa, afirmando, con razón, que el ejército se acordaba siempre de la imparcialidad, de las virtudes y del valor. Viendo llegada la hora del paseo, pregunté:

«¿V. M. no tiene ya más órdenes que darme? Temo ser importuno.

«Diga usted a sus amigos cuánto amo a Francia, que sepan bien que soy francesa. Le encargo muy particularmente que así lo diga, y me hará un singular favor al decirlo: echo de menos a Francia; la echo muy de menos.

«¡Ah, señora! ¿qué os hizo Francia? Vos, que tanto habéis sufrido, ¿cómo padecéis aún *el mal del país*?»

«No, no, señor de Chateaubriand, no lo olvide: diga a todos que soy francesa, que soy francesa.»

La Delfina se separó de mí, y yo tuve necesidad de detenerme en la escalera antes de salir, porque no me atrevía a presentarme en la calle; las lágrimas humedecían aún mis párpados al describir esta escena. Al volver a mi posada, volví a ponerme el traje de camino. Mientras enganchaban el tiro, Trogoff charlaba, repitiendo que la Delfina estaba muy satisfecha de mí, que no lo ocultaba, y que lo decía a cuantos querían oírlo.

«¡El viaje de usted es un gran acontecimiento! — exclamaba Trogoff, tratando de dominar la voz de sus dos ruidos. — Veréis sus consecuencias.»

Yo no esperaba ninguna.

El tenía razón: se esperaba aquella misma tarde al duque de Burdeos. Todo el mundo estaba enterado de su llegada; pero, como me la habían ocultado, me abstuve de revelar que conocía el secreto.

A las seis de la tarde caminaba hacia París. Sea cual fuere la inmensidad del infortunio en Praga, la pequeñez de la vida de príncipe reducida a sí misma, es insostenible; para tragar su última gota, es preciso haber quemado su palacio, y haberse embriagado en una fe ardiente. ¡Ay, nuevo Simmaco, lloro el abandono de los altares y levanto las manos hacia el Capitolio e invoco la majestad de Roma! pero, ¿y si el dios se hubiese vuelto de madera y Roma no se reanimase ya en su polvo?

DIARIO DE CARLSBAD A PARÍS. — EGRA. — WALLENSTEIN. — WEISSENSTADT. — LA VIAJERA. — BERNECK Y RECUERDOS. — BAIREUTH. — VOLTAIRE. — HOHLFELD. — IGLESIA. — LA NIÑA DE LA CANASTA. — EL POSADERO Y SU CRIADA. — BAMBERG. — UNA JOROBADA. — WÜRZBURG. — SUS CANÓNIGOS. — UN BORRACHO. — LA GOLONDRINA.

1.º de junio de 1833.

El camino de Carlsbad hasta Ellbogen, a lo largo del Egra, es sumamente

agradable. El castillo de esta pequeña población es del siglo duodécimo y está colocado a manera de atalaya sobre una roca a la entrada de la garganta del valle. El pie de la roca, cubierto de árboles, se oculta en una sinuosidad del Egra: de ahí el nombre del pueblo y del castillo *Ellbogen* (recodo). La torre resplandecía bañada por el último rayo del sol, cuando la divisé desde la carretera. Por encima de las montañas descollaba la espesa espiral de humo de una fundición.

Salí a las nueve y media de Zwoda, y seguía el mismo camino por donde pasó Vauvenargues en su retirada de Praga; joven a quien Voltaire, en su oración fúnebre a los oficiales muertos en 1741, dirige estas palabras: «Ya no existes, ¡oh dulce esperanza del resto de mis días! Siempre te he conocido el más infortunado y el más tranquilo de los hombres.»

Desde el fondo de mi carruaje contemplaba la salida de las estrellas.

2 de junio de 1833.

Atraveso el Egra el sábado, dos de junio, al amanecer, y entro en Baviera; una corpulenta muchacha rubia descalza y con la cabeza desnuda me abre la barrera, cual si fuera el Austria en persona. Sigue el frío; la hierba de los fosos está cubierta de escarcha; algunos zorros mojados salen de los campos de avena, y nubes parduseas, de grandes dimensiones, se extienden por el cielo como las alas de un águila.

Llegué a Weissenstadt a las nueve de la mañana, en el momento mismo en que un cochero se llevaba a una mujer joven, sin más adorno en la cabeza que el cabello. No disimulaba lo que probablemente era: placer, fortuna escasa de amor, y luego el hospital y la huesa común. ¡Placer errante, que el cielo no sea demasiado severo con tus andamios! ¡hay en este mundo tantos actores que valen menos que tú!

Antes de entrar en el pueblo he atravesado los *wastes*: me encuentro con esta palabra en la punta de mi lápiz; pertenece a nuestra antigua lengua franca y expresa mejor el aspecto de un país desolado, que la palabra *landu*, que significa *tierra*.

Aun recuerdo la canción que se cantaba por las noches al atravesar los eriales:

«¡Es el caballero de Landes! ¡Caba-

llero infortunado, que llegó al erial en el momento en que daban las cinco!»

Pasado Weissenstadt, se encuentra Berneck, a cuya salida está el camino bordeado de álamos, cuya tortuosa alameda me inspiraba no sé qué sentimiento mezclado de placer y de tristeza. Registrando en mi memoria, he hallado que se parecían a los álamos que en otro tiempo adornaban la carretera a la entrada de Villeneuve-sur-Yonne, viniendo de París. La señora de Beaumont no existe; el señor Joubert tampoco; los álamos están caídos, y después de la cuarta caída de la monarquía, paso junto al pie de los álamos de Berneck. «Dadme — dice San Agustín — un hombre que me ame, y comprenderá lo que digo.»

La juventud se ríe de mis trabacuentas; es encantadora y feliz; en vano le anunciáis el momento en que llegará a parecidas amarguras; os hiere con su ala ligera y vuela rauda hacia los placeres: tiene razón, si muere con ellos.

He aquí Baireuth, reminiscencia de otra especie. Este pueblo está situado en medio de una llanura cóncava, sembrada de cereales y hortalizas: sus calles son anchas, sus casas bajas y la población escasa. En tiempo de Voltaire y de Federico II, la mujer del margrave de Baireuth era célebre: su muerte inspiró al cantor de Ferney la única oda en que ha revelado algún talento lírico.

Fácil es desde lo alto de un palacio, contemplar con ojos serenos a los pobres diablos que pasan por la calle, pero no por esto es menor la fuerza de verdad de estos versos a que aludo. ¿Quién podría mejor que yo saberlo? He visto desfilar tantos fantasmas a través del sueño de la vida! En este momento mismo, ¿no acabo de contemplar los tres vástagos regios del castillo de Praga, y a la hija de María Antonieta en Carlsbad? En 1733, hace precisamente un siglo, ¿en qué se ocupaban aquí? ¿Tenían, acaso, la más mínima idea de lo que hoy hay? Cuando Federico se casaba en 1733, bajo la ruda tutela de su padre, ¿había, acaso, visto en Mateo Laensberg al señor de Tournon, intendente de Baireuth, y dejar luego esta intendencia por la *prefectura* de Roma? En 1933, el viajero que se dirija a Franconia, preguntará a mi sombra, si yo hubiera podido adivinar los hechos de que él será testigo.

Durante el almuerzo, he leído unas lecciones que una señora alemana, joven

y hermosa necesariamente, escribía mientras le dictaba un maestro:

«El que está contento, es rico. Vos y yo tenemos poco dinero, pero estamos contentos. De este modo somos, según mi opinión, más ricos que aquel que tiene un tonel de oro, y así es.»

Verdad es, señorita, usted y yo no tenemos dinero; está usted contenta a lo que parece y se mofa de un tonel de oro; pero, si por una casualidad yo no estuviese contento, convendría usted en que un tonel de oro podría parecerme en extremo agradable.

Al salir de Baireuth el terreno se eleva. Los pinos delgados y podados me representaban las columnas de la mezquita del Cairo o de la catedral de Córdoba, pero en menores dimensiones y ennegrecidos como un paisaje reproducido en la cámara oscura. El camino presenta alternativamente colinas y valles; aquéllas anchas y coronadas por un bosque, éstos estrechos y verdes, pero faltos de riego. En el sitio más bajo de estos valles, descúbrese una aldea indicada por la cúpula de una iglesia. Toda la civilización cristiana se ha ido formando de esta suerte: el misionero convertido en párroco se ha detenido y los bárbaros se han acantonado a su alrededor, como se agrupan los ganados en torno del pastor. En otro tiempo esos aislados albergues, hubiéranme hecho soñar más de una clase de ensueños; pero hoy en nada pienso, y en ninguna parte estoy bien.

Bautista, agobiado de fatiga, me ha obligado a detenerme en Hohlfeld. Mientras preparaban la cena, he subido a una roca que domina una parte del pueblo, y sobre la cual se prolonga una torre atalaya cuadrada. Los vencejos chillaban rozando el techo y los frentes del torreón. Como desde mi infancia en Combourg no había presenciado esta escena compuesta de algunos pájaros y de una torre vieja, se me oprimió el corazón al contemplarla. Bajé a la iglesia, situada en un terreno que forma declive hacia el Oeste; estaba circuida por un cementerio, abandonado por los nuevos difuntos. Los antiguos muertos han trazado únicamente en él sus surcos, lo que prueba que han labrado su campo. El sol en su ocaso, pálido y velado por un horizonte de abetos, iluminaba el solitario asilo, en el que ningún hombre más que yo estaba en pie. ¿Cuándo estaré, a mi vez, acostado? Seres de la nada y de las tinieblas, nuestra impotencia y nuestra

potencia están fuertemente caracterizadas: no podemos proporcionarnos, según nos plazca, ni la ley, ni la vida; pero la naturaleza, al darnos unos párpados y una mano, ha puesto a nuestra disposición la noche y la muerte.

Dentro ya de la iglesia, cuya puerta estaba entreabierta, me arrodillé con intención de rezar un *Padrenuestro* y un *Avemaria* por el reposo del alma de mi madre; servidumbres de inmortalidad impuestas a las almas cristianas en su recíproca ternura. De pronto, creo oír el ruido de la portezuela de un confesionario que se abre: me pareció que la muerte, en vez de un eclesiástico, iba a presentarse a la reja de la penitencia. En el instante mismo, el campanero ha venido a cerrar las puertas del templo y sólo he tenido el tiempo de salir.

Al volverme a la posada, encontré a una esportillera, descalza de pie y pierna; su saya era corta y su corsé hecho jirones; caminaba encorvada y con los brazos cruzados. Subimos juntos por una senda escarpada, y la pobre volvía hacia mí su rostro tostado: su hermosa cabeza descabellada iba pegada a su banasta. Sus ojos eran negros y su boca se entreabría para respirar; advertíase que, bajo sus hombros cargados, su tierno seno no había sentido aún más que el peso de los despojos de los verjeles. Inspiraba el deseo de echarle algunos florecos: *Roda m'ei rekas*. (Aristófanés).

Me entretuve en hacer el horóscopo de la adolescente vendimiadora: ¿envejecerá, acaso, en el lugar, madre de familia obscura y venturosa? ¿Será, acaso, conducida a los campamentos por algún soldado? ¿Será, acaso, la víctima de algún don Juan? La campesina arrancada a su familia ama a su raptor con tanta admiración como cariño; éste la transporta a un mármoleo palacio sobre el estrecho de Mesina, bajo una palmera a orillas de una fuente, en frente del mar que despliega sus azuladas olas, y del Etna que arroja llamas.

Aquí había llegado de mi historia, cuando mi compañera, tomando la izquierda de una gran plaza, se ha dirigido hacia algunas viviendas aisladas. En el momento en que iba a desaparecer, se ha detenido para lanzar una postrer mirada al extranjero; luego ha inclinado la cabeza para pasar con su banasta por una puerta bastante baja, entrando en una choza, como un gatito montaraz se desliza en la granja por entre las haces.

Mi posadero de Hohlfeld es un hombre singular; su criada y él son posaderos a pesar suyo; por eso tienen horror a los viajeros. Cuando a lo lejos divisan un carruaje, van a ocultarse maldiciendo a esos vagabundos que nada tienen que hacer y que recorren las carreteras; a esos holgazanes que incomodan a un honrado tabernero y que le impiden beberse el vino que le obligan a venderles. Bien ve la vieja que su amo se arruina, pero aguarda en su favor un milagro de la Providencia y dirá como Sancho: «Señor, recibid este hermoso reino de Micomición que, bajado del cielo, se os viene a la mano.»

Una vez pasado el primer movimiento de enfado, la pareja, flotando entre dos vinos, presenta buena cara. La camarera masculla un poco el francés, os mira al soslayo y parece decir: «Además de usted, otros muchos pisaverdes he visto en el ejército de Napoleón.» Olfía a tabaco y a aguardiente que era una gloria y me dirigía unas miradas seductoras y picarescas. ¡Cuán dulce es ser amado en el momento mismo en que ya ninguna esperanza quedaba de serlo! Pero Javotte, demasiado tarde te ofreces a mis tentaciones quebrantadas y mortificadas, como decía un antiguo francés. Mi sentencia está pronunciada: «Viejo armonioso, descansa», me ha dicho Lermier. Ya lo ves, extranjera benévola, me está prohibido oír tu cantar.

Esta es una razón de más para que rehuse tus seducciones; eres ligera y me serías infiel. ¡Vuela, pues, doña Javotte de Baviera, como tu antecesora, la señora de Isabeau!

2 de junio de 1833.

Salgo de Hohlfeld y es ya de noche cuando atravieso Bamberg. Todo duerme; sólo columbro una pequeña luz cuya débil claridad saliendo del fondo de un aposento va a extinguirse en una ventana. ¿Quién vela ahí? ¿el placer o el dolor? ¿el amor o la muerte?

En Bamberg, Berthier, príncipe de Neuchatel, cayó en 1815 de un balcón a la calle: su señor iba a caer de más elevada altura.

Domingo, 2 de junio.

En Dettelbach, reaparecen los viñedos: cuatro vegetales señalan el límite de cuatro naturalezas y de cuatro climas: ¡por qué no soy yo fraile en Roma! así el álamo blanco, la vid, el olivo y la palmera, caminando siempre hacia el

sol. Pasado Dettelbach hay dos paradas, y hasta Würzburg va una jorobada sentada a la zaga de mi coche: era la Andriana de Terencio: *inopia egregia forma, etate integra*. El postillón quiso hacerla bajar, pero me opuse por dos razones: 1.ª, porque temía que aquella hechicera me lanzase un conjuro; y 2.ª, porque, habiendo leído en una de mis biografías que yo era jorobado, todas las jorobadas son hermanas mías. ¿Quién puede asegurar que no es jiboso? ¿Quién se atreverá a decirnos que lo sois? Si os miráis en un espejo, nada veréis; ¿acaso se ve uno tal cual es? Os parecerá que vuestro talle es airoso. Todos los jorobados son orgullosos y felices, y hay una canción que ensalza las ventajas de la joroba.

El 2 de junio, a las doce, había llegado a la cima de una colina, desde la cual se descubría Würzburg. La ciudadela estaba sobre una eminencia, debajo de la cual se encontraba el pueblo, con su palacio, sus campanas y sus torrecillas. El palacio, aunque sombrío, sería hermoso aun en Florencia, y el príncipe podría, en caso de lluvia, dar en él albergue a todos sus súbditos, sin necesidad de cederles su habitación.

El obispo de Würzburg era antiguamente soberano, a elección de los canónigos del capítulo. Después de su elección, pasaba, desnudo hasta la cintura, entre sus cofrades que, formados en dos filas, le flagelaban. Creíase que los príncipes, asustados de este modo de unir una espalda real, renunciarían a formar entre sus filas. Actualmente no produciría resultados una cosa parecida, porque no hay un solo descendiente de Carlomagno que no se dejase azotar tres días seguidos para obtener la corona de Yvetot.

He visto al hermano del emperador de Austria, duque de Würzburg, que cantaba en Fontainebleau bastante agradablemente en la galería de Francisco I en los conciertos de la emperatriz Josefina.

En la oficina del despacho de pasaportes han detenido dos horas a Schwartz, quien me dejó con el tiro desenganchado enfrente de una iglesia. He entrado en ella, y he rogado con la multitud cristiana, que representa a la vieja sociedad en medio de la nueva. Ha salido una procesión y ha dado la vuelta a la iglesia; ¡por qué no soy yo fraile en Roma! así los tiempos a que pertenezco se realizarían en mí.

Dejo a Würzburg a las cuatro y tomo el camino de Manheim. Al entrar en el ducado de Baden, un beodo me estrecha la mano gritando: «¡Viva el emperador!» Todo cuanto ha pasado, desde la caída de Napoleón, se considera como no acaecido en Alemania. Estos hombres que se alzaron para arrebatar su independencia nacional a la ambición de Bonaparte, no sueñan más que con él. ¡Tanto trastornó las imaginaciones todas, desde los beduinos bajo sus tiendas, hasta los teutones bajo sus chozas!

A medida que adelantaba hacia Francia, los niños se hacían más traviesos en sus aldeas y los postillones andaban más; la vida renacía. En Bischofsheim, donde he comido, una linda curiosa se ha presentado a mi gran banquete: una golondrina, una verdadera Progne, de rojizo pecho, que ha venido a posarse en mi ventana abierta sobre la barra de hierro que sostenía la muestra del *Sol de Oro*; luego ha gorjeado dulcemente mirándome como a un antiguo conocido y sin mostrar el menor miedo. Jamás me he quejado de que haya venido a despertarme la hija de Pandión; nunca la he llamado *habladora*, como Anacreonte; muy al contrario, he saludado siempre su vuelta con la canción de los niños de la isla de Rodas: «Ya llega, ya llega la golondrina, présaga del buen tiempo y de los años prósperos, abrid vuestras puertas; no rechacéis a la golondrina.»

«—Francés—me ha dicho mi huésped de Bischofsheim—, mi tatarabuela vivía en Combourg, bajo las vigas del techo de la torre: tú le hacías compañía cada año por el otoño en las cañas del estanque, cuando por las tardes soñabas con tu sílfide. Abordó tu roca natal el mismo día en que te embarcabas para América y siguió tu vela por algún tiempo. Mi abuela anidaba en la ventana de Carlotta; ocho años después, llegó a Jaffa contigo; lo anotaste en tu *Itinerario*. Mi madre, gorjeando a la aurora, cayó un día por la chimenea de tu gabinete de *Negocios Extranjeros* y le abriste la ventana. Mi madre ha tenido muchos hijos, y yo, que te hablo, soy de su última cría; te he encontrado ya sobre la antigua vía de Tívoli en la campiña de Roma; ¿te acuerdas? ¡mis plumas eran tan negras y tan brillantes! Me miras tristemente. ¿Quieres que, juntos, alcemos nuestro vuelo?»

POSADA DE WIESENBACH. — UN ALEMÁN Y SU MUJER. — HEIDELBERG. — PEREGRINOS. — RUINAS. — MANHEIM. — EL RIN. — EL PALATINADO. — EJÉRCITO ARISTOCRATA. — EJÉRCITO PLEBEYO. — CONVENTO Y CASTILLO. — MONTES TONNERRE. — POSADA SOLITARIA. — KAISERSLAUTERN. — SUEÑO.—PÁJAROS.—SAARBRÜCK.

3 y 4 de junio.

Púseme en camino algunos instantes después de que desapareciera la golondrina. La noche estuvo encapotada: la luna paseábase debilitada por entre las nubes; mis ojos adormecidos se cerraban al mirarla, pareciéndome que aspiraba la luz misteriosa que ilumina las sombras: «experimentaba no sé qué apacible desfallecimiento precursor del último reposo.» (Manzoni). Me detengo en Wiesenbach, posada solitaria, valle estrecho cultivado entre dos colinas cubiertas de bosque. Un alemán de Brunswick, viajero como yo, se llega a mí, al oír pronunciar mi nombre. Me estrecha cordialmente la mano y me habla de mis obras. Su mujer aprende a leer el francés en *El Genio del Cristianismo*. No cesaba de admirarse de mi juventud. «Pero — me decía —, la falta proviene de mi juicio: debía imaginarme, a juzgar por sus últimas obras, tan joven como me lo parece.»

De Wiesenbach a Heidelberg se sigue el curso del Neckar, aprisionado entre colinas, que producen bosques, sobre un banco de arena y de sulfato sanguíneo. ¡Cuántos ríos he visto correr! Encontré unos peregrinos de Walthuren, que formaban dos filas paralelas a los dos lados de la carretera; los carruajes pasaban por en medio. Las mujeres caminaban descalzas, con un rosario en la mano y un bulto de ropa en la cabeza; los hombres con la cabeza descubierta y un rosario también en la mano. Llovía, y en algunos parajes las nubes acuosas trepaban por los flancos de las colinas. Algunas barcas cargadas de madera iban río abajo, otras lo remontaban a la vela o a la sirga. En las cortaduras de las colinas, había aldeillas entre los campos, en medio de ricas huertas, engalanadas con rosales de Bengala y varios otros arbustos floridos. Peregrinos, rogad por mi pobre pequeño rey: está desterrado y es inocente; empieza su peregrinación cuando vosotros hacéis la vuestra y yo acabo la mía. Si no debe reinar, siempre me re-

sultará alguna gloria de haber largado un cable desde mi barca de auxilio, a los restos de una fortuna tan grande. Dios sólo da el buen viento y abre el puerto.

Al aproximarse a Heidelberg, el cauce del Neckar, sembrado de rocas, se ensancha. Descúbrese el puerto de la ciudad y la ciudad misma que presenta buen aspecto. El fondo del cuadro termina en un alto horizonte terrestre: parece atajar el río.

Un arco de triunfo de piedras rojas anuncia la entrada de Heidelberg. A la izquierda, sobre una colina, se elevan las ruinas de un castillo de la Edad Media. Prescindiendo de su efecto pintoresco y de algunas tradiciones populares, los despojos del templo gótico sólo interesan a los pueblos cuya obra fueron. ¿Qué le importan a un francés los señores Palatinos, ni las princesas Palatinas, por gruesas, por blancas que hayan sido, con sus ojos azules? Olvidalas por Santa Genoveva de Brabante. En estas modernas ruinas nada hay de común con los pueblos modernos, sino la fisonomía cristiana y el carácter feudal.

Otra cosa sucede (sin contar el sol) con los monumentos de Grecia y de Italia; pertenecen a todas las naciones; empiezan su historia; sus inscripciones están en idiomas que todos los hombres civilizados conocen. Las ruinas mismas renovadas, de Italia, tienen un interés general porque están timbradas con el sello de las artes, y las artes son del dominio público. Un fresco del Dominiquino o del Ticiano que se borre, un palacio de Miguel Ángel o de Palladio que se derrumbe, cubren de luto el genio de todos los siglos.

Enseñase en Heidelberg un tonel desmesurado, coliseo arruinado de los beodos; ningún cristiano al menos ha perdido la vida en este anfiteatro de los Vespasianos del Rin; la razón, sí, pero no es una gran pérdida.

Al desembocar de Heidelberg, las colinas de la derecha y de la izquierda del Neckar se separan, y se entra en una llanura. Una calzada bastante tortuosa de algunos pies de elevación sobre el nivel de los trigos, se dibuja entre dos hileras de cerezos maltratados por el viento, y de nogales insultados con frecuencia por el viandante.

A la entrada de Manheim, se atraviesan plantaciones de lúpulo, cuyos largos rodrigones secos, sólo estaban decorados por la enredadera de yedra hasta un ter-

cio de su altura. Juliano *el Apóstata*, compuso contra la cerveza un lindo epigrama, y el abate La Bletterie lo ha imitado con bastante elegancia.

3 y 4 de junio de 1833.

A las dos de la tarde he atravesado el Rin y, en el momento en que pasaba, un vapor subía por el río. ¿Qué hubiera dicho César si hubiese encontrado una máquina parecida cuando construía su puente?

En la orilla opuesta del Rin, en frente de Manheim, vuélvese a encontrar Baviera, a consecuencia de los odiosos recortes y embrollos de los tratados de París, de Viena y de Aix-la-Chapelle. Cada uno ha recortado lo que le ha parecido, sin tener en cuenta la razón, la humanidad, la justicia, y sin curarse del trozo de población que caía en la fauce real.

Recorriendo el Palatinado cisreniano, recordaba que este país formó, no hace mucho, un departamento francés, que la blanca Galia estaba ceñida por el Rin, banda azul de la Germania. Napoleón, y la República con él, habían realizado el sueño de muchos de nuestros reyes y especialmente de Luis XIV. En tanto que no ocupemos nuestras naturales fronteras, habrá guerras en Europa, porque el interés de la conservación impele a Francia a apoderarse de los límites necesarios a su independencia nacional. Hemos clavado aquí trofeos para hacer en su lugar y tiempo reclamaciones.

La llanura entre el Rin y los Montes Tonnerre es triste; el suelo y los hombres parecen decir que su suerte no está fijada, que no pertenecen a pueblo alguno; parecen aguardar nuevas invasiones de ejércitos, como nuevas inundaciones del río. Los germanos de Tácito devastaban grandes espacios en sus fronteras, y los dejaban yermos entre ellos y sus enemigos. ¡Ay de los pueblos limítrofes que cultivan los campos de batalla donde las naciones deben encontrarse!

Al llegar cerca de... he visto una cosa melancólica: un bosque de pinabetes de unos cinco o seis pies de altura, cortados y hechos fajos, un bosque segado como hierba. He hablado del cementerio de Lucerna, donde se colocan separadamente las tumbas de los niños. Nunca he experimentado tan vivamente el deseo de terminar mis viajes, de morir bajo la protección de una mano amiga aplicada sobre mi corazón, para interrogarle cuando digan: «Ya no late.» Desde el borde de